

Contra la confusión

ANTONIO GARCÍA-TREVIJANO

Cataluña garantiza a España

España no es una comunidad en busca de reconocimiento foráneo de su identidad nacional, como si fuera una recién llegada a la vida internacional. Ni tampoco es un país que esté poniendo en peligro la paz de sus vecinos, como los de la extinguida Yugoslavia. Sin embargo, sus altos dignatarios viajan a las metrópolis europeas, con los hábitos blancos de colonizados que les impuso la consigna de la homologación, para exhibir modales de indios del Imperio y comportarse, ante quienes al fin y al cabo sólo son sus colegas extranjeros, como si el problema de Europa fuese la estabilidad de su colonia hispana y ésta dependiese de la voluntad de sus gobernadores provinciales. El asunto no es de orden menor. Para comprender que su verdadera dimensión rebasa la del ridículo de nuevo rico, basta con imaginar la situación inversa. Si el jefe del Gobierno francés o del land bávaro viniesen a España para asegurar al Rey, Aznar o Pujol que ellos les garantizaban la estabilidad política de Francia o de Alemania, sería inevitable pensar que esos dos pueblos están a punto de romperse o que sus gobiernos piden apoyo al español para mantenerse.

La gran noticia que ha merecido los titulares de primera página consiste en que Pujol ha garantizado a Chirac la estabilidad política de España. Pero lo que produce curiosidad, no exenta de inquietud, es la razón de que sea noticia. Porque, ¿quién es Pujol para dar tal garantía a un jefe de Estado extranjero? Y, ¿quién es Chirac para demandarla o recibirla? Desde un punto de vista formal o protocolario no tiene explicación plausible. Claro es que la estabilidad del gobierno Aznar depende de la voluntad de Pujol. Pero, aparte de que esa estabilidad gubernamental no se puede confundir con la del país, no hay la más pequeña novedad en la actitud política de Pujol. La noticia no está pues en lo que ha dicho, sino a quien lo ha dicho. Pero, ¿por qué es tan importante que Pujol diga en París lo que no se cansa de repetir en Madrid y Barcelona? ¿Tal vez dudaba Chirac de la honorabilidad del *Honorable*? Y ¿qué nos importaba a nosotros esa duda? ¿Acaso se había hecho saber a Pujol que Francia cambiaría su política respecto a España si dejaba de sostener a Aznar? Estos simples interrogantes no agotan las sospechas que levantan siempre las diplomacias heterodoxas.

Tan seguro y arrogante en su comarca, y tan servil y obsesivo en París, Pujol busca siempre el gesto nacionalista que prefigure o suponga un poder internacional para Cataluña. Porque lo que de verdad le importa a él no es el ingreso de España en el núcleo fuerte de la Unión Monetaria, sino el de Cataluña en la comunidad internacional. Aunque prefiere subordinar el interés catalán al condicionamiento del marco del Banco alemán, antes que al de la peseta del Banco de España, su pasión dominante no está, contra lo que pueda parecer, en la economía o cultura catalanas, que a la postre son pasiones nacionalistas de orden instrumental, sino en los símbolos de que Cataluña esté siendo reconocida, en los ámbitos deportivos y políticos de la comunidad internacional, como entidad nacional propia. Por muy ridículo que nos parezca, el gesto de Pujol ante Chirac tiende a crear la imagen de que su poder no es el de un pequeño partido regional que sostiene con unos pocos diputados al partido gobernante en España, cosa normal en otros países, sino el de una nación que está en condiciones de garantizar internacionalmente a otra más grande. Pujol crea la ilusión catalanista de que España no garantiza la estabilidad de Cataluña, sino Cataluña la de España.

TRIBUNA LIBRE

Del profesor Quintana como coartada

[JAVIER ORTIZ]

CON el advenimiento del nuevo año, España ha hecho un descubrimiento de importancia capital: existe un profesor universitario que es carca y ha escrito un libro carca.

Un suceso de tamaño envergadura no podía pasar desapercibido. Era urgente divulgarlo a los cuatro vientos. Se corría el riesgo de que la opinión publicada, entretenida en fruslerías tales como el destino de la comunicación audiovisual en nuestro país o la depuración de responsabilidades penales por la corrupción del Poder y el crimen de Estado, tratara con desdén el espantoso caso del profesor Quintana. Había que impedirlo. A tan salustifera como imperiosa emergencia se han dedicado durante una semana buena parte de nuestros más conspicuos comentaristas y editorialistas. Dios los bendiga.

Podría objetarse que catedráticos carcas los hay a mansalva y que, si bien la natural inclinación a la indolencia de los de su género explica que no todos hayan escrito un libro, tampoco esta circunstancia puede tomarse por rareza. Pero tal observación sólo tiene sentido dentro de las crueles normas del viejo periodismo, conforme a las cuales, según suele decirse, no es noticia que un perro muera a una niña. De acuerdo con los criterios del nuevo periodismo, de corte mucho más humanista, cada mordisco de cada perro a cada niña —o niño—, lo mismo que cada libro u opúsculo

carca de cada catedrático carca, merece ser reseñado. Aunque ello obligue a revisar algunos historiales académicos tenidos por ilustres, como el del primer catedrático de Psiquiatría de la Universidad de Madrid, Juan Antonio Vallejo Nágera, quien describió al *rojo español* como «judío morisco, mezcla de sangre que le distingue del

alberga un porcentaje nada desdeñable de reaccionarios, y mi concepto de la libertad no los deja fuera: definiendo su derecho a expresarse libremente. También definiendo mi derecho a ponerlos a caldo, sin duda. Pero no a silenciarlos.

«¿Es que el profesor Quintana da clases! ¡Envenena con sus ponzoñosas ideas a los alumnos!», se alega. ¿Y qué clase de alumnos tiene (o tenía) el tal Quintana? ¿Carecen de criterio propio? Mi memoria no es muy buena, pero me parece recordar que la gran mayoría de los profesores que sufrí no se caracterizaba por su progresismo vanguardista, precisamente. Muchos se esforzaron por inculcarme los llamados *principios del Movimiento Nacional*, con éxito más bien limitado. No creo que Quintana sea más reaccionario que ellos, ni que sus alumnos tengan mucha menos capacidad de discernimiento de la que teníamos nosotros. Pongan a partir de ahora a los aspirantes a catedráticos un examen de *pensamiento políticamente correcto*, si les parece imprescindible. Evitarán con ello que los universitarios sepan en qué consisten los idearios abiertamente reaccionarios, y qué argumentos esgrimen sus defensores. Con lo cual, lo único que conseguirán es que las convicciones democráticas de los estudiantes tengan bases más frágiles.

Por lo demás, de una cosa está claro que no es culpable el catedrático don Guillermo Quintana: de ser catedrático. Si ha llegado a ello, es que otros han considerado que reunía los méritos. Empréndanla contra

Se quiere oficializar el criterio según el cual «no debe haber libertad para los enemigos de la libertad»

marxista extranjero, semita puro» (*), sin que la hoy vigilante Prensa le condenara por ello al ostracismo, como ha hecho con el profesor Quintana.

Es cuestión de sensibilidades. Se ve que algunos no estamos a la altura de ésta, recién estrenada. A mí, sin ir más lejos, no me parece mal que los catedráticos carcas, y los carcas en general, escriban libros y los publiquen, si encuentran quien se los costee. Nuestra sociedad

CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas. EL MUNDO se reserva el derecho a resumir o refundir los textos. Pueden enviarse por correo, por fax (fax: 586 48 48) o por correo electrónico (internet@el-mundo.es)

Desazón frente a Ruiz-Mateos

Sr. Director:

La lectura de la «Carta desde mi celda» de Ruiz-Mateos publicada en EL MUNDO, me ha llenado de asombro no exento de una gran desazón. Lo que le está ocurriendo a este histriónico empresario es realmente dramático. Busca desesperadamente el favor de la opinión pública y, en cierto modo, creo que lo está consiguiendo. Apela al sentimiento de protección al perseguido, que anida en todos los seres humanos, para ponerse a la genit de su lado. En tanto llega el «juicio definitivo» de Rumasa intenta, por todos los medios a su alcance, lograr el veredicto favorable del

tribunal popular. A lo que, hay que reconocer, le está ayudando con bastante éxito una gran parte de los medios de comunicación.

La expropiación de Rumasa se hizo mal. Durante la privatización, principalmente, se cometieron graves irregularidades. De acuerdo con la opinión de muchos comentaristas político-económicos creo que, en una economía liberal de libre mercado como la actualmente en uso, la crisis de Rumasa se debía haber dejado a su propia suerte: la quiebra, con casi total seguridad.

Ruiz-Mateos, es obvio, ha suscitado con sus dichos y hechos una generalizada y favorable corriente de opinión. Habla y escribe mucho, y lo que dice se recoge con amplitud en la prensa y radio. Pero cuenta la historia a su modo, como le conviene. Calla lo que fue, y difunde lo que no fue. El embuste, el engaño, la patraña, la mentira, mil veces repetidas se convier-

ten en verdad. Y uno llega a creérsela. Y lo que es todavía peor, uno puede llegar a la aberración de jurar por lo más sagrado de que es cierta.

Resulta muy triste tener que hablar así de una persona que ha pasado por la cárcel —por desacato a la Justicia, como le hubiera ocurrido a cualquier otro ciudadano— y que va a ser juzgada por falsedad en documento mercantil. Pero el no hacerlo supondría cometer otra injusticia, si no de tanto relieve a nivel nacional, posiblemente mayor por su gravísimo significado moral y social. Me refiero a la estafa que han sufrido 534 familias, de modesta o muy modesta condición económica, que han perdido los ahorros que habían conseguido reunir a lo largo de toda una vida de duro trabajo y sacrificios sin cuento, pensando en los grandes problemas que la jubilación y la vejez traen consigo. En total 3.339 millones de pesetas; es

decir, un promedio de seis por familia; aunque por haber algunos ahorradores con un nivel alto, la media sea más baja.

Fuimos engañados. Personal y colectivamente. Se incumplió un contrato. Se faltó a la palabra dada. Se desdénaron los sufrimientos causados, todo el daño moral y físico que se nos infligió. En estas familias se han producido casos realmente dolorosos y hasta dramáticos. Por todo ello, en abril de 1995, hubo que presentar una demanda civil que pasó a tramitar el Juzgado de Primera Instancia nº 61 de Madrid y meses más tarde, en julio, una querrela criminal por apropiación indebida, estafa y alzamiento de bienes —por valor entonces de 4.000 millones de pesetas— que tramita el Juzgado de Instrucción nº 23.

Alega Ruiz-Mateos en su defensa, que los responsables de la Fundación General Mediterránea —el holding de empresas que él